

4705

BIBLIOTECA  
NACIONAL

217

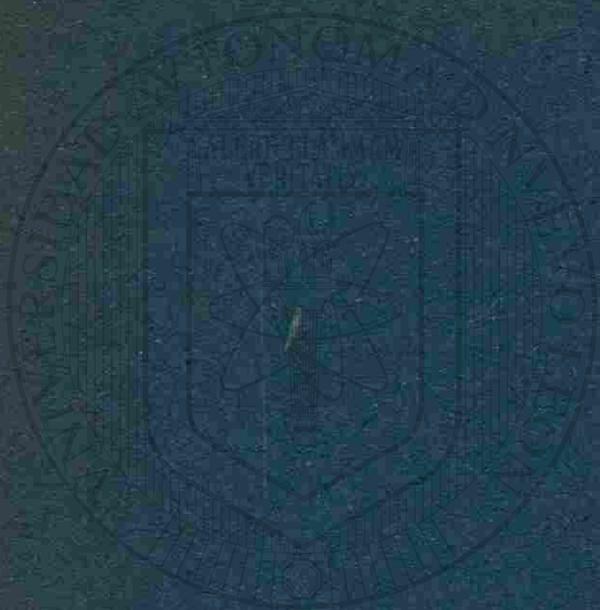
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
PRESS

BX40  
.G8  
I5

10917



1020000506

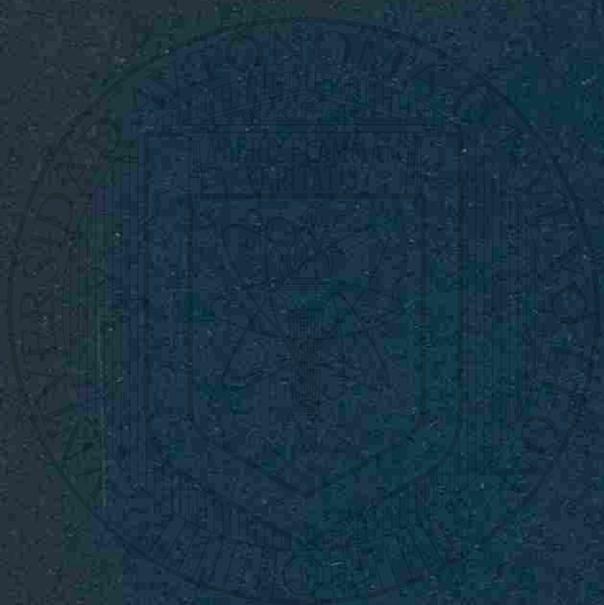


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



109217



EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DOCTOR D. IGNACIO MATEO GUERRA Y ALVA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



88

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DOCTOR DON

**IGNACIO MATEO GUERRA**

Y ALVA,

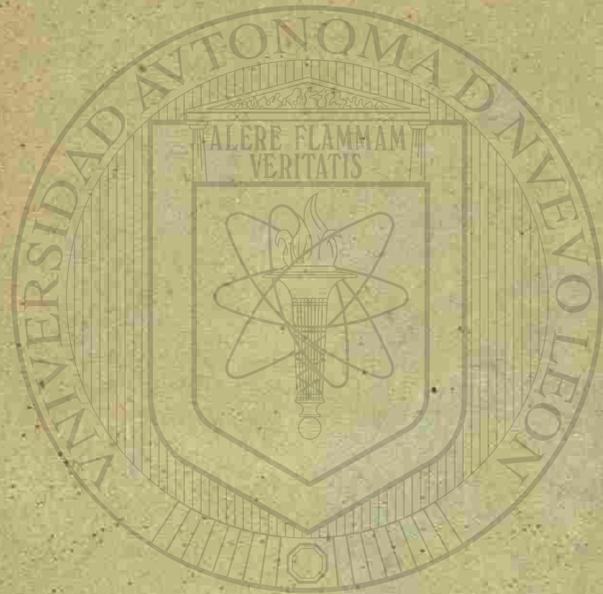
DIGNISIMO PRIMER OBISPO

DE LA

IGLESIA DE ZACATECAS.

U A N L

Artículo biográfico escrito para La Voz de México.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MÉXICO.—1871.

Imprenta á cargo de M. Rosello,

Escalerillas número 21.

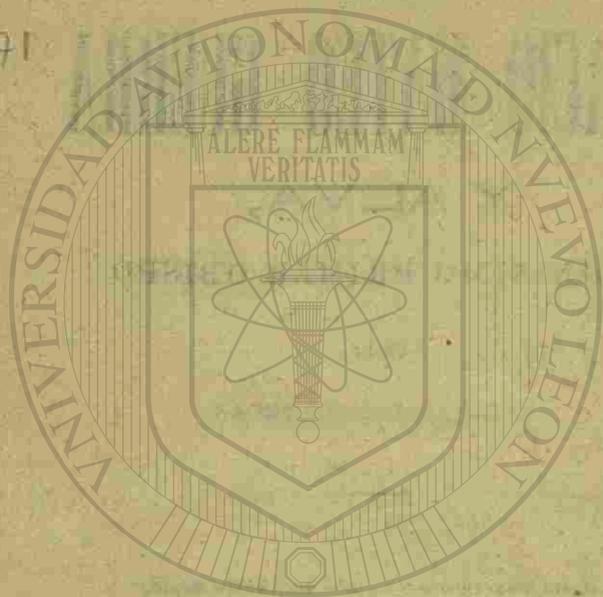
FONDO  
FERNANDO DAS BRUNES

BX 4705

98

IS

1871



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DR. D. IGNACIO MATEO GUERRA Y ALVA,

PRIMERO Y DIGNISIMO OBISPO DE ZACATECAS.

In memoria aeterna evit justus. Ps. CXI, v. 7.  
El justo vivirá eternamente en la memoria de  
Dios y de los hombres. Amat.

Hoy hace un mes falleció en Zacatecas el primer obispo y fundador de aquella iglesia, Dr. D. Ignacio Mateo Guerra y Alva. Así lo anunciamos en nuestro número correspondiente al 10 de Junio, sin añadir por entonces una palabra mas, porque esperábamos, para hacerlo de una manera conveniente, recibir algunas noticias biográficas acerca del ilustre finado. Hemos recibido los apuntes que deseábamos, y con vista de ellos consagraremos de buena voluntad algunas de nuestras columnas á la memoria de un venerable pon-

tífico, bello ornamento de la iglesia mexicana; al recuerdo de un hombre que con sus virtudes privadas y públicas, honró siempre á la sociedad de su patria.

El Illmo. Sr. Guerra nació el 21 de Setiembre de 1804, en un rancho de la jurisdiccion parroquial de la Villa de la Encarnacion, perteneciente al obispado de Guadalajara, y en la comprension civil de Lagos en el Estado de Jalisco. Fueron sus padres el Sr. D. Francisco Guerra, de familia decente y noble, pero mas estimable aún por su educacion civil y moral, basada en principios eminentemente religiosos; y la Sra. D<sup>a</sup> Gertrudis Alva, jóven de muy corta edad y rara hermosura, procedente de una familia pobre, pero decente, y verdadero modelo de la familia cristiana. Con solo esto se deja ya entender cuáles serian las primeras inspiraciones que obraron sobre el alma tierna del niño Ignacio: él, como el jóven Tobías, aprendió á temer á Dios desde sus primeros años: en él se trató de realizar la grande y sublime verdad que encierra aquella sentencia del libro sagrado: "Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre."

Cuando tenemos que lamentar en nuestros dias la muerte de un hombre benemérito por sus virtudes civiles y religiosas, volvemos con tristeza nuestros ojos á la cuna en que se mecieron sus

primeros sueños; porque comparamos con desconsuelo la educacion moral que produjo á una generacion cuyos últimos vástagos estamos mirando morir, con la que está formando á los actuales renuevos, no llamados ciertamente á vivir largos años, ni ménos á sembrar en sus brevísimos dias muchos recuerdos gloriosos. Muere hoy un anciano ilustre, y al recorrer su vida llena de virtudes y de buenas obras, pocos nos parecen los años que viviera para tantos honrosos recuerdos como ha dejado en pos de sí; y exclamamos con pesar amargo: "Pasó como un fugitivo haciendo el bien!" Por otra parte vemos á un jóven que muere en la primavera de sus dias, pero cuya azarosa vida, semejante á un meteoro siniestro, ha hecho sentir demasiado largos los momentos infaustos de su duracion, y al mirar la conclusion temprana, tal vez desastrada, de una carrera de pecados y escándalos sacudiendo nuestra cabeza, y volviendo la vista á otro lado, y conmovidas las entrañas, apénas podemos repetir aquellas terribles palabras: "No habrá bien para el impío, ni serán prolongados los dias de su vida; ántes bien pasarán como sombra los que no temen la presencia del Señor.—Antes que llegue el término de sus dias morirá y se le secarán sus manos!" En el hombre bien formado, desde sus principios se mira realizada la fábula del fénix que se reproducia de sus propias cen-

zas: el hombre bien formado, cuando muere, deja en sus hijos ó en los imitadores de sus virtudes, una generacion nueva que perpetúa el nombre y los hechos honrosos de su ilustre progenitor; pero el hombre viciado desde sus primeros dias, en sus hijos y en los hijos de sus obras, no deja mas que lo que un cadáver puede dejar: podredumbre y gusanos, repugnantes engendrados de la corrupcion que le dió la muerte.

Tan luego como el niño Ignacio Mateo se encontró en edad de necesitar de otra direccion que la de un buen padre, ocupado asiduamente en los trabajos del campo, y de una madre cargada con todas las obligaciones que impone una familia cristiana, fué trasladado á Lagos, en cuya escuela recibió su educacion primaria, al lado y bajo los esmerosos cuidados de unas tias paternas que le prodigaron servicios y atenciones verdaderamente maternas. Estas señoras, obligadas muy especialmente por los comportamientos del niño, le profesaron siempre un amor entrañable, del que le dieron testimonios incesantes hasta una ancianidad muy avanzada.

Habiendo concluido su educacion primaria, le tomó á su cargo el presbítero D. Miguel Leandro Guerra, el mismo que le habia administrado el bautismo en la hacienda de Santa Bárbara, propiedad de la familia. Este señor, era un sacerdote respe-

table por su ejemplar conducta y por su acendrado patriotismo; que ademas contaba con un pingüe patrimonio. Con tales elementos tomó por su cuenta el sostén de su jóven ahijado en su carrera y educacion secundaria, expensando generosamente todos los gastos que fueron necesarios en ella hasta que recibiera el órden del presbiterado. Este comportamiento granjeó al bienhechor padrino los respetos, el amor y la gratitud de que el beneficiado hizo siempre honroso alarde, dándole el título de un segundo padre.

Comenzó el niño Guerra su carrera literaria en Guadalajara, donde estudió latinidad en el colegio de San Juan Bautista, y desde entónces dió á conocer las mas brillantes disposiciones para el estudio, secundadas por una aplicacion y un juicio poco comun en su edad. Concluidos sus cursos desempeñó un lucido exámen en la lengua de Ciceron, obteniendo por el una calificacion que tanto le houraba por sus primeros trabajos literarios, como le estimulaba para los que ulteriormente hubiera de emprender.

Para continuar su carrera y empezar los estudios filosóficos, se trasladó á México, y se matriculó en el colegio nacional de San Ildefonso. En este establecimiento, que ha dado tantos hombres ilustres, cursó filosofía bajo la direccien del memorable Dr. D. José María Mora, y sostuvo dos

actos públicos, exponiendo en ellos con extraordinario lucimiento, las materias leídas en los cursos respectivos. Sabida es la triste celebridad adquirida después por el Dr. Mora: pero no obstante ella, y que era motivo de pesadumbre para el Sr. Guerra, jamás se le oía hablar de su infortunado maestro sino con el respeto y atenciones propias de un discípulo reconocido. Lamentaba los desaciertos del hombre, sin dejar de respetar y recordar con gratitud al sábio maestro de mejores días.

Concluidos sus estudios preparatorios en México, se trasladó á Guadalajara; y en el Seminario Conciliar de dicha ciudad, en la clase de alumno interno, comenzó sus estudios de facultad mayor. Antes de abandonar la capital tuvo la satisfacción de haber presenciado la entrada triunfal del ejército trigarante en 27 de Setiembre de 1821, y haber conocido al célebre libertador Iturbide. De este acontecimiento conservó siempre el I. S. Guerra un recuerdo muy grato, y hablaba de él con todo el entusiasmo patriótico, que hechos gloriosos y flagrantes entónces, pudieran excitar en un corazón jóven, puro y ardiente. Cuando en épocas posteriores hablaba de estos sucesos y hacia comparaciones con las ocurrencias del momento, los que le escuchaban no podían ménos que lamentar la desaparición de aquel período de fé política y religiosa, de entusiasmo patriótico y de esperanzas pre-

ñadas de grandes ilusiones de un venturoso porvenir.

Después de haber recibido el grado de bachiller en filosofía, comenzó á cursar en el Seminario Conciliar las cátedras de derecho canónico y civil. Aunque desde el principio de sus estudios habia manifestado las mas felices disposiciones así morales como intelectuales, estas tuvieron todavía mayor desarrollo durante sus cursos de Jurisprudencia; en los cuales sufrió los exámenes de reglamento, y obtuvo calificaciones distinguidas. Al fin de sus cursos sostuvo un acto público de los que entónces se distinguían con el nombre de *actos mayores*; y expuso en él copiosas materias de uno y otro derecho, sufriendo las pruebas que eran de costumbre, para demostrar que, no solo habian sido encomendados á la memoria los libros de texto, sino que la inteligencia del alumno habia penetrado al fondo de las materias que exponía. En aquellos tiempos de oscurantismo y retroceso, en aquellos Seminarios Conciliares contra los que hoy tanto se declama, se acostumbraba distraer sobre pocas materias la atención de los alumnos; pero en compensación, se les obligaba á estudiar de tal modo esas materias, que se pudiera decir que poseían la ciencia, que habian descendido á las profundidades de ella: no habia instruccion enciclopédica; pero habia estudio concienzudo de algun ramo del saber:

no habia mucha superficie; pero lo que de esta faltaba era compensado con solidez. Concluidos los cursos de Jurisprudencia teórica, el jóven Guerra fué encargado de presidir varias funciones literarias, así de su facultad como de filosofía; y de dar academia de latinidad; funciones á que no podian aspirar sino aquellos alumnos que se hubieran distinguido por su talento, por su buen juicio y por su instruccion.

Ya en esta época, el jóven seminarista habia, hasta cierto punto, fijado su honroso porvenir, bastante preluñado por las bellas dotes que le distinguian entre todos sus compañeros: una aplicacion asídua, un juicio superior á su temprana edad, una docilidad y obediencia ejemplar y un respeto digno á sus maestros y superiores, eran antecedentes bastantes para entrever la suerte que estaba reservada en la vida pública, al que tan recomendable se hacia en el círculo privado y doméstico de un colegio. Pero á mas de esas bellas cualidades que determinaban el modo de ser del seminarista, en sus relaciones con la sociedad en que vivia, solia tambien manifestar otras que eran, por decirlo así, el tesoro íntimo del individuo; ese tesoro que pocos estiman y que nadie conoce ménos que el mismo que lo guarda. En su modesta y tranquila condicion no carecia de ocasiones para demostrar unos sentimientos pronunciadamente no-

bles y generosos á la par que profundamente delicados: una alma ardiente, una imaginacion rica, viva y exaltada, acaso le hacia descontentadizo del círculo vulgar que le rodeara, y esto le hacia amar el retiro, la abstraccion, el aislamiento. Hay ciertos caractéres templados con tal delicadeza, que cuando comprenden estar condenados á chocar á cada paso con bruscas contradicciones en la sociedad en que viven, prefieren, para eludir las ocasiones de colision, apelar á la fuga de la sociedad, como el recurso único para conquistar y asegurarse un bienestar negativo, si tal se quiere llamar. Estos caractéres bajo la impresion de una gracia divina especial, bajo la impulsión de una vocacion clara y terminante, produce á los Antonios, á los Pablos, á los Benitos: bajo la presion del orgullo del espíritu y de la soberbia del corazon, produce á los Misántropos de Ginebra; y al favor de la corriente ordinaria de las cosas humanas, sobrellevada con cristiana filosofía, produce muchos hombres que, en medio de una condicion modesta y sin ruido alguno, sufren mucho sin hacer sufrir á nadie; carecen de todo goce y no escatiman el bien á sus semejantes: ocultan con su izquierda las lágrimas de sus ojos, y alargan á la espalda su derecha encubriendo el bien que reparten.

Entre estos últimos figuró desde muy temprano el jóven Guerra; y uno de sus padecimientos lar-

gos, fué esa enfermedad que acomete no raras veces á las almas rectas y delicadas hasta la nimiedad: esa enfermedad, que hace con frecuencia que los corazones mas puros y sencillos se sientan mas apartados de la pureza y sencillez á que aspiran; por cuanto se refieren sin cesar al tipo de la santidad inimitable. Esa enfermedad que demandó los consuelos mas exquisitos del dulcísimo Francisco de Sales, los cuidados mas asíduos del caritativo Alfonso Ligori; esa misma trabajó por algunos años al espíritu recto y sensible corazón del que, andando los años, habia de ser el consolador de muchas almas affligidas. La suya, cuando lo fué, acertó á guarecerse de la tempestad bajo la proteccion que le prestara la direccion sábia de un santo sacerdote, y este supo conjurar la sinietra nube. El Dr. D. Juan Maria Vélez, que despues fué canónigo del Cabildo de Guadalajara, tomó bajo su direccion el espíritu de nuestro seminarista y allanó las sendas que debiera recorrer, desembarazándolas de obstáculos que, no tanto existian en la senda misma, quanto en el pié vacilante que debia pisarla. El Sr. Vélez, de buena memoria, era un sacerdote de costumbres angelicales, de una inocencia de niño, de un saber de doctor, de una humildad superior á todo encomio: era uno de esos sacerdotes que no enseñan la virtud, sino que la inspiran; que no dan reglas para

aprender el bien, sino que comunican el mismo bien en que rebosan.

En Octubre de 1827, siendo todavía secular el Sr. Guerra, fué nombrado catedrático de latinidad en el Seminario Conciliar de Guadalajara por el I. Sr. D. Miguel Gordoá que era entónces gobernador de aquella mitra, y despues obispo de la diócesis. El Sr. Gordoá conocia perfectamente al jóven Guerra, puesto que habia sido rector del Seminario, y con tal carácter fué testigo de su formacion: acaso presintió el porvenir á que estaba llamado el modesto pasante de jurisprudencia á quien iniciaba en la honrosa carrera del profesorado. El Sr. Gordoá contaba entre muchas otras relevantes cualidades, el don de conocer á los hombres y el de saber gobernarles: debido á estas preciosas dotes, fué que en lo general, el clero formado bajo su direccion, ó encarrilado en la vida pública por su eleccion, honró siempre á la Iglesia de Guadalajara, y supo luchar gloriosamente contra desechas tempestades. La muerte demasiado prematura de tan ilustre prelado, impidió que hiciera en su iglesia todo el bien de que fuera capaz; pero á la generacion sagrada que supo formar, legó sus tesoros de sabiduría, que muchos, á vuelta de los años, supieron explotar dignamente; entre ellos figura la respetable persona de cuya vida nos ocupamos.

Servía el Sr. Guerra la primera cátedra de gramática latina cuando, por sede vacante de la iglesia de Guadalajara, tuvo que pasar á Puebla con objeto de recibir allí desde la primera tonsura clerical hasta el orden del presbiterado: recibió este el 27 de Diciembre de 1827. Despues de cuatro años de enseñar latinidad, abrió un curso de artes que leyó hasta Julio de 1833, y en el año siguiente enseñó filosofía moral y religion. Durante los tres años de su enseñanza de filosofía, presidió veintitres actos públicos, en los que tuvo el gusto de dar á la sociedad un testimonio de sus trabajos, y una prueba de su celo en la direccion de la juventud, demostrados por el brillante desempeño de sus discípulos, en las funciones literarias que les fueron encomendadas. Al cerrar el curso y despedirse de la numerosa juventud cuyos primeros estudios habia presidido, pudo tener la satisfaccion de dejar sembrados en el corazon de todos y cada uno de sus discípulos verdaderos afectos de amistad, recuerdos de gratitud imperecedera, y semillas de virtudes que mas tarde habrían de germinar y fructificar.

En fines de Octubre de 1834 fué nombrado catedrático de derecho civil romano y patrio, en el mismo Seminario; y continuó en este magisterio hasta 1839. Durante él presidió diez y seis funciones públicas de derecho canónico y civil, y reci-

bieron sus sábias lecciones muchos jóvenes, entre los cuales se cuentan algunos que despues han figurado con honor en la iglesia, en el foro, y en el orden político. En ese mismo período desempeñó por mas de dos años el cargo de defensor de matrimonios y de obras pías, y por algun tiempo la promotoría fiscal del obispado. La gravedad é importancia social de las funciones de estos dos oficios, revela el alto concepto en que era tenido el jóven sacerdote, á quien fueron confiadas, en una época en que los negocios y sus agentes eran considerados en toda la altura moral que les corresponde.

En 1835 cuando despues de los sucesos de los campos de Guadalupe en Zacatecas, el general D. Antonio López de Santa-Anna visitó la capital de Jalisco, la Universidad de Guadalajara quiso obsequiarle dedicándole las funciones literarias de un laureando en alguna de las facultades de sus asignaturas. Designó para ello al presbítero D. Ignacio Mateo Guerra, quien desempeñó su cometido conforme á los estatutos universitarios, en la facultad de derecho canónico, de una manera muy satisfactoria para el claustro, y obtuvo la borla de doctor en términos muy honrosos. Por muchos años se conservó un recuerdo interesante de las funciones literarias desempeñadas en esa vez por el Sr. Guerra; y muy especialmente, de un trabajo

oratorio apropiado á las circunstancias; trabajo que satisfizo los deseos del claustro y que llenó plenamente su objeto de hacer brillante alarde del estado de la enseñanza universitaria, ante el grande hombre de aquella época. En 31 de Julio de 1837, previos los exámenes de estatuto, y aprobado por aclamacion, recibió el honroso título de abogado de los tribunales de la nacion.

Hasta aquí hemos visto al Sr. Guerra figurar en su carrera literaria y profesional como alumno distinguido, como profesor sábio, como abogado notable, como doctor en la facultad que profesó, como empleado respetable en la curia eclesiástica de su domicilio: favorecido por la estimacion de sus maestros, retribuido por el amor de sus discípulos, respetado por sus compañeros, honrado por la confianza de sus superiores. Pero despues de todo esto, le faltaba aún figurar en la verdadera carrera del sacerdote, á saber, la formacion y direccion de las almas: quedábale por practicar la gran sabiduría que consiste en la aplicacion de la ciencia de las ciencias, el cuidado y gobierno de los espíritus. Esta nueva carrera tenia que comenzarla bajo el gobierno del I. Sr. Dr. D. Diego Aranda, digno sucesor del I. Sr. Gordo, bajo el concepto de aptitudes para el gobierno y acierto para el conocimiento de los hombres y la apreciacion de sus capacidades. El Sr. Aranda, bajo su

gobierno, ya como encargado, ya como obispo de Guadalajara, formó una falange de sacerdotes distinguidos que han conservado y conservan todavía las mejores tradiciones en cuanto á la ciencia administrativa de la Iglesia. De esa falange de sacerdotes influida por las sábias instrucciones, y por la enérgica direccion del I. Sr. Aranda, hemos visto en pocos años ascender siete á la plenitud del sacerdocio, y creemos que aun hay otros más, llamados tambien á la misma dignidad: acaso el Sr. Aranda ha sido el último obispo que ha llenado plenamente las exigencias de la importante y vasta diócesis de Guadalajara, aun en las circunstancias mas difíciles. Si Dios hubiera querido conservar por diez años mas la importante vida de ese digno obispo, no habria podido ciertamente detener el curso de torrentes despeñados; pero sí habria influido mucho sobre la direccion de la corriente; y su prudencia, su tacto político, su energía, su valor civil y su talento claro y previsor, habrian economizado muchos males á la iglesia de Guadalajara, habrian modificado los acontecimientos que, como atmósfera de plomo han pesado en ciertas épocas sobre todo Jalisco.

Ese hombre memorable fué el que en Setiembre de 1839 nombró al Dr. D. Ignacio Mateo Guerra cura interino de la parroquia de Asientos, cuyo encargo tuvo hasta Febrero de 1841, en que fué

nombrado, previo concurso canónico, cura propio de Matchuala. Sirvió esta parroquia hasta el mes de Enero de 1846, en cuyo tiempo se hizo acreedor á un recuerdo perpetuo por los servicios que en dicho curato prestó, figurando entre sus obras el espacioso y magnífico templo parroquial de tres naves que existe en Matchuala.

A pesar del trascurso de los años, tanto el mineral de Asientos como Matchuala, conservan recuerdos muy gratos de su cura D. Ignacio Guerra, á quien respetaron y amaron como á su verdadero maestro, padre y bienhechor. Ni podia suceder de otra manera; porque él poseyó en alto grado la ciencia del gobierno; y el que sabe gobernar segun Dios y segun justicia, posee la ciencia de hacerse amar. Esa ciencia del gobierno de los espíritus y de la direccion de los corazones, la buscaba en Dios y la estudiaba en la oracion; en la oracion asídua y humilde, á la que nunca se niega cosa alguna; en la oracion, de la que San Juan Címaco decia que, en cierto modo hace violencia á Dios, que no puede faltar jamás á su promesa infalible: "Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá." Si el cura de Asientos y de Matchuala hubiera conocido en su modestia y humildad, el acierto con que gobernó sus parroquias, habria tenido que confesar en medio de una santa confusion, que se habia cumplido en él, en

toda su plenitud aquella palabra santa: "Si alguno de vosotros necesita de sabiduria, pídasela á Dios que á todos dá copiosamente, y no zahiere á nadie."

El cura de Asientos y de Matchuala, lleno de caridad, sin otra mira que el bien verdadero de sus feligreses, fué el padre de los pobres, el consuelo de muchos afligidos, el sostén de muchos débiles, el pañuelo de muchas lágrimas. Desprendido de todo interés mundano, en sus operaciones buscaba solo á Dios. Celoso hasta la nimiedad en el cumplimiento de sus deberes, nunca descuidaba los menores detalles tratándose del bien espiritual de los que tenia bajo su cargo. Miraba siempre con particular benevolencia y cariño á los huérfanos y á las viudas. Para todos los niños tenia un fondo inagotable de amabilidad y dulzura; y con frecuencia se veian á su rededor escenas como la que se representó á los piés de El primero que dijo: "Dejad venir á mí á los niños, y no se los vedéis; porque de tales como estos es el reino de Dios."

En Noviembre de 1843, siendo cura de Matchuala, la compañía lancasteriana de San Luis Potosí le nombró su socio corresponsal. En 22 de Enero de 1846 fué nombrado prebendado de la Iglesia catedral de Guadalajara, de cuyo beneficio tomó posesion en 22 de Marzo del mismo año. En este mismo tiempo fué nombrado catedrático

de derecho Canónico en el Seminario Conciliar de aquella ciudad, y desempeñó este magisterio hasta Octubre de 1849. Entonces, y cursando nosotros esa cátedra, fué cuando tuvimos el honor de conocer y tratar íntimamente al respetable Sr. Dr. Guerra, y estimamos desde entónces su gran valer bajo el doble concepto de maestro y de amigo. Sabia inspirar á sus discípulos una confianza plena y un tierno afecto; no era para ellos un superior enojoso, sino un amigo sincero cuyo trato se deseaba. En medio de sus lecciones sobre la ciencia, sabia interpolar hábilmente graves máximas de moralidad, y hasta preceptos de una urbanidad exquisita. No tememos asegurar que fué el primero que introdujo entre los alumnos del Seminario de Guadalajara, cierta finura de trato y delicadeza de maneras en sus relaciones recíprocas que, sin excluir la confianza y franqueza tan propia de jóvenes compañeros, imponen aquel hábito de respetos y atenciones que deben guardarse entre sí aun los iguales.

No cuidaba solamente de los progresos de sus discípulos en la ciencia, sino que se interesaba por su bienestar en todo sentido, aun cuando en ello hubiera algo de trivialidad, como suele en las cosas de la juventud. Recordamos en este momento un hecho á propósito, para dar idea exacta de lo que era en este particular nuestro benévolo maes-

tro. Era el año de 1849 cuando uno de los jóvenes discípulos del Sr. Guerra se encontraba en una situación difícil, traida por acontecimientos de esos que, si pasan de un corazón, nunca pasan de dos. El jóven era de una alma ardiente y apasionada, que veía las cosas al través de vidrios de tanto aumento, que le hacían creer que sus historias íntimas eran tan importantes, que no había mas que ver. El paciente sufría mucho y desde muchos días, y ese sufrimiento habia concluido por ponerle en una situación verdaderamente *excéntrica*. La fiebre de su alma trascendía á su cuerpo; y el hundimiento de sus ojos, la palidez de su semblante, la descompostura de su exterior, no dejaban ya disimular un padecimiento grave, cuya causa nadie conocia. Pero un día, concluida la lectura de la cátedra, el profesor, permitiendo á sus discípulos que se retiraran, ordenó al enfermizo que permaneciera á su lado. Una vez solos, el respetable maestro comenzó por insinuarse de tal manera en el doliente discípulo, que, sin grande esfuerzo, pudo descender hasta el fondo de su corazón; puso allí la mano sobre una herida; arrancó con suave violencia confidencias amargas; pronunció palabras mágicas propias para encantar el dolor; señaló con índice seguro el remedio para el mal, y lágrimas de amistad y de cordial interés hicieron compasivo cortejo á lágrimas de honda amargura y de despecho

mal reprimido.....Despues de una hora, el señor Guerra experimentaba, sin duda, la satisfaccion consiguiente á una buena obra; y su discípulo enfermo, aliviado de una carga enorme, solo sentia sobre sí el peso de la gratitud, hácia el génio bienhechor que, asomado al borde de los abismos de una alma, habia soplado la paz y el bienestar sobre lo que pareciera un caos.

Pero no solo procuraba captarse la confianza de sus discipulos; sino que con una reciprocidad benévola, tambien les honraba con la suya, teniendo algunas veces entre ellos esas expansiones francas y abiertas que son indispensables á los espíritus sobrecargados de cuidados y atenciones graves. Mas aun en medio de esas efusiones de su bella alma, buscaba siempre la ocasion de enseñar una verdad útil, de inculcar un sentimiento recto y noble. Era un dia, en que los cursantes de jurisprudencia recibian á su maestro el Sr. Guerra en la puerta del Seminario, segun costumbre; acompañándole desde allí hasta la cátedra. En el acto mismo de recibir su saludo, advirtieron que el respetable profesor iba preocupado por algun pensamiento grave, tal vez por una idea molesta: llegados á la aula, é instalados en sus lugares respectivos, todos guardaban un silencio profundo, testimonio de interés respetuoso á la situacion del maestro. Este señor abrió su libro de texto, é

indicó el alumno que debia hacer la lectura del dia. Comenzó esta, y despues de algunos minutos, el profesor cerró su libro con violencia y dijo así: "Basta, señores: no soy dueño de mí mismo: hago esfuerzos por dominarme; pero ya no me es posible.....cuando la patria sufre desgracias de tanta cuantía, es imposible permanecer sereno..... (Era que en esa mañana habia llegado á Guadaluajara, por extraordinario, la infausta noticia de la ocupacion de Veracruz por los americanos, y era aquel un dia de duelo para toda la ciudad.) El Sr. Guerra refirió el contenido de la noticia extraordinaria, y siguió haciendo una reseña sobre la tristísima situacion de México, sobre el porvenir que le esperaba, sobre los desastres de la campaña, sobre los sacrificios que la patria tenia derecho para exigir de todos sus hijos en angustias tan supremas; y exaltándose de grado en grado, llegó hasta tocar en el sublime del Profeta que lloró sobre las desgracias de Jerusalem, y en el entusiasmo heroico del Macabeo, que en los trasportes de su patriótico sentimiento, exclamaba: "Porque mas nos vale morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nacion y del Santuario.—Y venga lo que el cielo quiera."

Los discipulos estaban profundamente conmovidos, y en todos los semblantes se notaba una animacion y un interés proporcionados á las expansiones

siones del maestro. Corrió doble tiempo del acostumbrado para permanecer en la cátedra, y después, al retirarse de ella, el Sr. Guerra dirigió á su auditorio estas frases: "Señores: se ha descargado mi corazón de un grave peso repartiéndolo con vosotros: yo venía agobiado y me vuelvo mas ligero. ¡Cuánto me es grato encontrar en mis discípulos corazones capaces de sentir lo que el mio siente, por causa de los dolores y desgracias de la comun madre! ¡Señores: no olvidemos jamás que llegan momentos en que todos tenemos por deber el sacrificio!" Dijo así, y se despidió con una sola palabra.

Acaso en esa vez, por primera, nuestro corazón se abrió á impresiones profundamente patrióticas. Y se abrió á impulso de la palabra venerable de un sacerdote; del acento respetable de un maestro querido. ¡Y esto sucedía en el recinto de una aula de un Seminario Conciliar! ¡Cuánto mas valen palabras de ese género, pronunciadas por tales lábios, que cien discursos vinolentos de famélicos y desarrapados tribunos de la demagogia! ¡Tan cierto es que sentimientos que demandan fé, y la fé hasta el sacrificio, solo pueden ser suscitados por palabra en que se tenga fé!

Pero no todo pára en esto; sino que desde luego, cada uno de los discípulos del sacerdote patriota se propuso arbitrar los medios que á su al-

cance estuvieran para cooperar en el sacrificio comun. Se acordó la privacion de tal ó cual goze para contribuir con el valor de él á los gastos de la campaña: que recibirían privadamente instruccion en el manejo de armas, para cuando fuera llegada la vez: y hubo alguno de cabeza mas ardiente y que tomaba las cosas por el lado menos frio, que se propasó hasta sentar plaza de soldado raso clandestinamente, en un Cuerpo de infantería que estaba para ponerse en marcha. Existe aún el Coronel que mandaba ese cuerpo; el afiliado clandestino conserva todavia la cópia de su filiacion.

El Sr. Guerra tenia una conversacion fácil, amena, variada: muy conoedor de los hombres, sabia atemperar su lenguaje á la clase de personas con quienes hablaba. En sus círculos de familia y de amistad íntima, ejercia una influencia irresistible por la energía de su expresion. Dotado de una imaginacion viva como la de un frances, ardiente como la de un oriental, sabia hacer uso de estos recursos con oportunidad y revestia sus conceptos de tan felices imágenes, que daba el colorido de una encantadora poesia á las materias que eran susceptibles de tal decoracion. Esta facilidad hacia que muchas veces, en la conversacion familiar, la narracion de un suceso interesante tomara los tintes de una verdadera poesia descriptiva. En alguna ocasion le oímos referir una catástrofe lamen-

table acontecida en una hacienda del interior. Fué una inundacion causada por el desplome de una gran preza, cuyas aguas al precipitarse en revuelto torrente, destruyeron edificios, arrasaron sementeras, talaron campos, arrastraron ganados y arrebataron muchas personas. La descripeion que el Sr. Guerra hacia de aquel cuadro de esternunio y desolacion era tan viva, tan animada, recargada de tal manera con todas las luces y sombras propias de la fatal decoracion, y tan rápida en su desarrollo, que nos inspiró un terror como si nos encontráramos en medio del cuadro descrito; creíamos sentirnos arrastrados por la violencia del torrente, y escuchar los ayes de los que se ahogaban, y los mugidos y balidos de los ganados arrebatados, y el siniestro estrépito de los objetos que se chocaban entre las revueltas aguas de aquel diluvio en miniatura.

En cuanto á la enseñanza científica, el Sr. Guerra, desempeñando su cátedra de Derecho canónico, nada dejaba que desear. Profundo conocedor de su facultad y ejercitado por largo tiempo en el magisterio, tenia gran facilidad en su desempeño. Dirigia á sus discípulos en el estudio de la legislacion eclesiástica por las sendas de la historia de la Iglesia, á la luz de una crítica sana: disertaba profundamente sobre la disciplina; hacia notar su desarrollo, sus cambios; el espíritu que dominaba en

ella, la razon de ser de toda innovacion; y llevaba, como por la mano, hasta las fuentes originarias de la ciencia. Inculcando con frecuencia la importancia de aquel aforismo: *Distingue tempora et concorda dabis jura*, hacia sentir la necesidad imprescindible del estudio de la historia y de la filosofía del derecho, para no reducir la ciencia canónica á un empírico é indigesto casuismo. El gusto de oír de boca de tal maestro una digresion histórica ó un juicio razonado sobre alguno de tantos personajes célebres, como á cada paso se presentan en la historia de la Iglesia, compensaba con usura de todas las penalidades que para los jóvenes trae consigo el estudio grave de materias poco floridas. En su método didáctico campeaban, sobre todo, las inestimables cualidades de una escrupulosa precision y exactitud combinadas con una claridad y sencillez inimitables. Su saber, su celo y su método, le proporcionaron la satisfaccion de ver, á vuelta de algunos años, aprovechados sus trabajos en varios de sus discípulos que ocupan actualmente en la Iglesia una posicion respetable, y justamente merecida.

Tantas dotes preciosas hicieron que el que las poseía sin saberlo, fuera amado entrañablemente por sus discípulos, quienes aun despues de muchos años buscaban su consejo, su direccion y su amistad. El Sr. Guerra se prestaba gustoso á la

continuación de esas relaciones antiguas, y le era muy grato oírse llamar *mi maestro*, y mencionar á sus *discípulos* con este nombre, sin que en ello hubiese un solo ápice de vanidad. Solo había en esto el sentimiento dulce de un vínculo afectuoso, que en su diuturnidad adquiría un nuevo prestigio. Para el Sr. Guerra no había afectos pasajeros, ni de fórmula convencional; el afecto que una vez había encontrado asiento en su corazón, allí se conservaba siempre; fino, delicado, generoso. Esto nos hace creer que su noble alma debe haber tenido mucho que sufrir, con esos desengaños tan comunes en la vida, con esas ingratitudes que jamás faltan para lacerar una alma profundamente sentimental.

El Sr. Guerra era la bella realización del sacerdote católico en las relaciones que deben ligarle con la sociedad en cuyo favor se sacrifica. El sacerdote católico, secuestrado por la naturaleza de su misión y la pureza que demanda su ejercicio, á ciertos vínculos, y á los goces que ellos aseguran, concentra en su corazón todos los afectos legítimos de que es capaz; forma con ellos un tesoro de cuya dispensación se encarga la caridad; y esa dispensación tiene caso en todos los puntos y momentos de contacto del sacerdote con su pueblo. Por esto el sacerdote que predica, ama á su auditorio; y el que confiesa llama *sus hijos* á los peni-

tentes; y el que enseña, se apasiona por sus discípulos; y el que preside á los instantes postreros del hombre que muere, es el primero que derrama el consuelo sobre una familia desolada. Y como los vínculos contraidos por tales afectos tienen algo que los pone sobre la carne y la sangre, esos vínculos se salvan y se conservan á través del tiempo y de los cambios de la vida: á los afectos del sacerdote, la caridad con su sello de fuego imprime un carácter profundo, indeleble. Esto explica por qué el Sr. Guerra recordaba con gusto á sus discípulos de 1832; y conservaba sus relaciones con los de 1839, y honraba con su afecto á los de 1849; y hablaba con interés de sus feligreses de Asientos, y mencionaba con amor su curato de Matehuala.

Presidiendo este señor la cátedra de Derecho canónico, y siendo Prebendado de la Catedral de Guadalajara, á principios de 1848, hizo oposición á la Canongía penitenciaria, cuyas funciones desempeñó con un brillo honroso; pero que á nadie sorprendió, porque era esperado por todos. Ese desempeño hizo que le fuera concedida la expresada Canongía de oficio, en 1º de Mayo del mismo año de 48; y la sirvió hasta el 15 de Febrero de 1859, en que fué promovido á la Dignidad de Maestrescuelas, de la cual tomó posesión en 17 del mismo mes y año.

El oficio de Penitenciario lo desempeñó con la asiduidad y eficacia que le caracterizaba en el cumplimiento de todos sus deberes, y sin limitarse al tiempo que le bastaba canónicamente para dar porfundo el oficio. El trabajo del confesonario le era particularmente molesto; porque debilitado de un oído, cuando tenía que escuchar á un penitente por el lado enfermo, mediante una posición muy forzada, volvía la cara para aplicar el oído sano; y en postura tan violenta, pasaba horas largas cuando era necesario.

Pero no eran estas las fatigas mas laboriosas que el Sr. Guerra debía llevar sobre sí. Sus virtudes, su saber, su aptitud para el gobierno, debían ser desarrollados en una esfera mas extensa. En 25 de Octubre de 1853 fué nombrado Provisor y Vicario general del I. S. Obispo de Guadalajara Dr. D. Pedro Espinoza, y conservó este nombramiento hasta su promoción al episcopado. En el desempeño de las funciones de aquellos cargos durante tanto tiempo, tuvo que poner á pruebas frecuentes y duras, la prudencia, la dulzura, la justificación y la firmeza que le adornaban. Quien tenga idea de lo que es un Provisor y Vicario general, así como de la importancia de la Mitra de Guadalajara, podrá también formar juicio de la multitud y gravedad de ocasiones que el Sr. Guerra tendría para ejercitar sus virtudes todas por espacio de diez años.

De 1855 á 1860 tuvo á su cargo varias veces el gobierno de la Mitra, por nombramiento del I. S. Espinoza, quien depositaba en él toda su confianza, y le profesaba un afecto singular. Ejerció el gobierno en tiempos muy azarosos y en circunstancias muy complicadas, á contar desde la revolución que se llamó del Plan de Ayutla, y los acontecimientos que siguieron á ella. Entre los papeles del ilustre finado se encuentra esta nota, relativa á uno de los períodos en que desempeñó el gobierno eclesiástico: "Desde la fecha de este oficio (8 de Julio de 58 en que le fué encargado el gobierno eclesiástico) hasta el 20 de Febrero del año siguiente, tuve el gobierno. Este tiempo ha sido, en mi concepto, de lo mas borrascoso que ha tenido este obispado, ya por las exigencias del gobierno civil para proporeionarse dinero, ya por el sitio de esta ciudad (Guadalajara) comenzado á fines de Setiembre, y ya por último, por la ocupacion de ella y sus consecuencias. Dios nuestro Señor por su bondad me haya recibido los sacrificios que esta época me costó. Por lo que hace á mi Prelado, parece que quedó contento de mis comportamientos, segun me dijo en una carta." Los que conocimos á la persona que extendió esta nota, comprendemos todo lo que quieren decir esas breves líneas; y sabemos cuántas amarguras, cuán profundos disgustos, cuán terribles penas se encubren bajo esas

frases lacónicas, moderadas y dignas. Menciona las consecuencias de la ocupacion de la plaza de Guadalajara en 1858; pero no dice que entre ellas figura la prision que sufrió en el Hospital de Belem y en el convento de Jesus María por órden de D. Santos Degollado; ni indica siquiera los tratamientos bárbaros, los insultos salvajes, los atropellos crueles de que fué víctima antes de esa prision, en ella y despues de ella. La venerable víctima se da por contenta y satisfecha con la aprobacion de su superior; y solo desea que sus sacrificios hayan sido aceptos á Dios. ¡Almas venturosas, para las cuales la conciencia del deber cumplido, es el premio mas digno á que aspiran sobre la tierra; y que mas allá de la tierra, solo miran al Señor de las justicias y los galardones! ¡En almas de ese temple se cumple en toda su plenitud el proverbio sagrado: "Ningun acontecimiento podrá contristar al justo!"

Pero acaso no fué el año de 1858 la época en que el venerable Gobernador de la Mitra de Guadalajara tuvo mas que sufrir. Despues vino el año de 1860, de infausta recordacion. La historia de ese año y de los conflictos en que se vió la Iglesia de Guadalajara, nos es conocido en todos sus detalles; pero sería imprudente ocuparnos de ella. Basta á nuestro propósito consignar aquí, que en la segunda mitad de dicho año, el Sr. Guerra, en su calidad de Gobernador de la Mitra, tu-

vo que luchar contra las exigencias apremiantes é injustas de un Gobierno militar exhausto, y azuzado por siniestros consejeros: que vió desaparecer de la Catedral de Guadalajara, bajo las inspiraciones de esos consejeros, hasta el tabernáculo del altar principal, hasta los pobres y últimos restos de una riqueza diez veces diezmada: restos que entraron á la Casa de cuño para ser convertidos en moneda de mala ley: que despues de estos sacrílegos atentados vino la ocupacion de la Plaza, la destruccion de los templos, la exclaustacion de religiosos de uno y otro sexo, la ocupacion de los establecimientos piadosos, el robo del tesoro de la Iglesia de San Francisco.....  
 .....Y todo esto, y mas todavía tuvo que presenciarlo el venerable Sr. Guerra, quien si conservó la vida y el juicio, fué sin duda porque Dios le guardara para cosas mas grandes. En verdad que, en tan terrible crisis, solo pudo sostener al sensible Gobernador de la Mitra de Guadalajara la palabra del que dijo: "Bienaventurado aquel hombre que sufre con paciencia la tentacion ó la tribulacion, porque despues que fuere probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman." Y nosotros le vimos sufrir con la paciencia de un héroe; nosotros le vimos en algunos de los momentos mas angustiosos: le vimos oprimido, abatido, confundido; pero ja-

más le oímos una palabra descompuesta; jamás presenciámos una demostración de enfado: jamás le escuchámos prorumpir, como pudiera, en una queja amarga. Pasados ciertos momentos; comparables al instante solemne en que un mártir hace la oblación de sí mismo, se le encontraba sereno, mesurado, grave y con la calma necesaria para dar una órden, ó dictar una contestación, ó entrar en conferencia para el arreglo de un negocio. Nos parece tener delante todavía su respetable figura, de pié, cruzando los brazos sobre el pecho, levantando al cielo sus ojos, con un movimiento casi imperceptible en sus lábios, que acaso articulaban una invocación piadosa, y lanzando un profundo suspiro que concluía por esta palabra, signo de firmeza y de resignación. ¡Adelante!

El venerable primer obispo de Zacatecas habrá encontrado en el cielo, escrita en libro de la vida con letras imborrables, su historia de 1860 en Guadalajara. Allá habrá encontrado al pié del trono de Dios al Ángel de las plegarias presentando en copa de oro muchas de las lágrimas que derramó en secreto: las lágrimas del justo, de las cuales pudo decir con el Salmista: "Tú tienes presentes ante tus ojos mis lágrimas, conforme á tu promesa."

El 1º de Enero de 1861, el Sr. Guerra, huyendo de las turbulencias de Guadalajara y de todo

Jalisco; para ponerse á salvo de los odios y persecuciones injustas del gobierno del Estado en aquella época, se estableció en Leon (la ciudad de refugio) en el Estado de Guanajuato. El gobierno del Sr. Doblado le favoreció muy bondadosamente contra las exigencias del de Jalisco. En ese mismo tiempo, muchos otros jaliscienses, que corrían inminente peligro en sus domicilios, se encontraban refugiados en Leon; donde hallaron tolerancia, hospitalidad, amistad y aun recursos para vivir los que de ellos carecían, ministrados por los generosos leoneses. Muchos amigos nuestros eclesiásticos y seculares, militares y paisanos, pobres y ricos, varones y señoras, experimentaron la bondad y los cordiales oficios de los habitantes de Leon, de quienes conservan recuerdos muy gratos. Aprovechamos esta ocasión para dar testimonio de nuestras simpatías por esa ciudad de refugio y por sus generosos habitantes; á quienes agradeceremos siempre la hospitalidad que dispensaron á nuestros correccionarios en política; entre los cuales se contaban amigos, maestros y compañeros nuestros que allí fueron en busca de garantías para su vida, de pan algunos para su hambre, de paz todos, para sus espíritus; y lo encontraron allí todo, entre personas desconocidas, extrañas; pero que llevan en sus pechos corazones generosos y henchidos de cristiana nobleza. ¡Looor eterno á los leoneses; prosperidad

para su ciudad y bendicion para todas sus buenas empresas! Que sobre ellos se cumpla la bendicion del cielo para los que hacen el bien! Que alguna vez, como á Abraham y á Lot, les suceda, en premio de su hospitalidad, recibir ángeles en sus casas, sin saberlo; y que en pos les vengan las bendiciones del cielo que los ángeles traen consigo, cuando visitan en paz á los buenos de la tierra!

En 8 de Abril de 1862, residiendo todavía en Leon el Sr. Guerra, fué preconizado obispo de Marépolis *in partibus infidelium*, con obligacion de residir en Guadalajara ó en cualquiera otro punto de la diócesis, para desempeñar las funciones de obispo auxiliar del I. S. Espinoza. Mas el 17 de Marzo de 1863, fué trasladado al obispado de Zacatecas, cuya nueva creacion habia sido anunciada por S. S. el S. Pio IX en Consistorio del 16 del mismo mes y año. En principios de 1864 se dirigió á esta capital con objeto de ser consagrado, y lo fué en efecto, en 28 de Febrero, en el templo de Santa Teresa la antigua. Recibió la consagracion de manos del I. S. Dr. D. Pedro Espinoza primer arzobispo de Guadalajara, asistido de los II. SS. Dr. D. Carlos María Colina y Rubio obispo de Puebla, y Dr. D. Pedro Barajas obispo de San Luis Potosí. Fueron padrinos en el acto de la consagracion, el E. Sr. Dr. D. Teodosio Lares, antiguo

é íntimo amigo del nuevo obispo, y el Sr. D. Manuel Jacinto Guerra su hermano menor.

En esta fecha se abre una nueva época para el I. S. Guerra. Los que conociamos el acendrado mérito del nuevo obispo; que habiamos tenido ocasion de admirar muy de cerca sus virtudes; que teniamos noticias detalladas de sus largos é importantísimos servicios como profesor, como párroco, como juez eclesiástico, como gobernante de una iglesia, no vimos en su elevacion al pontificado sino la retribucion debida y justamente acordada á un mérito notorio. Por lo mismo, nos congratulamos por el acontecimiento: pero al mismo tiempo, él nos fué muy sensible, porque comprendimos que la carrera episcopal de nuestro querido maestro, seria muy breve, y que sucumbiria agobiado por el peso de su nuevo cargo. Ni podia suceder de otra manera. El I. S. Guerra era un hombre de deber en toda la extension de la palabra; nimio para el cumplimiento de sus obligaciones hasta en los detalles mas pequeños: y si nos constaba que de simple sacerdote no se permitia por largos dias una sola hora de solaz y de reposo, preveíamos que, una vez llegado á la plenitud del sacerdocio, sus horas, sus dias, su vida toda habia de ser un sacrificio no interrumpido; y un sacrificio que, aun llevado á la última meta, nunca sin embargo, dejaría satisfecho al que lo hacia. El primer obispo

de Zacatecas habria sucumbido en un esfuerzo supremo por cumplir con el deber, repitiendo con humildad profunda aquellas palabras del Evangelio: "Siervos inútiles somos; no hemos hecho mas que lo que teniamos obligacion de hacer."

En 5 de Junio de 1864 quedó erigida con todas las solemnidades canónicas la nueva Iglesia de Zacatecas, y el I. S. Guerra hizo su entrada á la ciudad episcopal entre diez y once de la mañana del 12 del mismo mes y año. En el acto tomó posesion del Obispado con todas las ceremonias y solemnidades prevenidas para tales casos, y comenzó desde ese dia á arrostrar una série no interrumpida de trabajos, de penas y dificultades. Todo esto era muy natural cuando se trataba de la fundacion de una nueva Iglesia, en la que era necesario crearlo todo, y arbitrar elementos para ello en medio del trastorno que de muchos años á esta parte, vienen resintiendo las cosas eclesiásticas. Pero aun sobre estas dificultades naturales y ordinarias, el nuevo prelado tuvo que luchar con otras que le fueron tanto mas sensibles, cuanto eran mas inesperadas, atendido su origen.

En el acto se ocupó asiduamente de la creacion y arreglo de todo aquello que era mas indispensable para el sér formal de su Iglesia; creó el cabildo eclesiástico que fué instalado pública y solemnemente el 1º de Noviembre de 1864. Tan luego

como este cuerpo quedó establecido, y en él un custodio de los derechos é intereses de la Iglesia Catedral, en los casos de ausencia del I. Prelado, y en todos el Consejo nato del obispo, éste se ocupó de preparar su visita diocesana; atencion de primera necesidad, cuyo desempeño era lo único que deberia ponerle en el caso de poder decir con el Buen Pastor: "Conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí."

En 24 de Agosto de 1865 partió S. S. I. para la ciudad de Fresnillo, con objeto de comenzar por esta importante parroquia su visita diocesana. Practicó en efecto la visita de ella, no limitándose á la cabecera; sino que recorrió varias haciendas pertenecientes á la jurisdiccion del mismo curato, administrando en todas partes los sacramentos de la Confirmacion y de la Penitencia, y predicando la divina palabra. El 11 de Noviembre partió de Fresnillo para el curato de Jerez, en donde permaneció hasta el 30 de Enero de 1866 que se vió precisado por los progresos de la revolucion á regresar á la capital; pero esto no sucedió, sino despues que habia recorrido los puntos mas importantes de la jurisdiccion de la parroquia y de haber ejercido los mismos oficios pastorales que en la de Fresnillo. Vuelto á la ciudad episcopal, tuvo que permanecer en ella, sin poder continuar su visita con enzada, á causa del público trastorno ocasionado

mado por la retirada del ejército francés, y ocupación de las poblaciones que este abandonaba, por las tropas republicanas. Pasada esta crisis volvió á emprender la visita en 28 de Octubre de 1867, y la continuó sin descanso hasta Octubre de 1869 en que emprendió su viaje á Roma, llamado por el Sumo Pontífice para la celebracion del Concilio Eucuménico Vaticano.

Sería muy difuso narrar detalladamente todos los trabajos apostólicos del I. S. Guerra durante su visita episcopal. Baste decir que administró el sacramento de la Confirmación á muchos millares de personas; administraba también el de la penitencia al par de los sacerdotes que le acompañaban; predicaba incesantemente á los fieles, y todo esto hacia sin perjuicio de las demas atenciones que demanda la visita de las parroquias en todo lo formal, administrativo y material de ellas. Debido á tan asidua solicitud y diligencia pastoral, fué que en todas las partes que visitó, dejara sembrados afectos imperecederos y muy cordiales simpatías. En todos los lugares han quedado recuerdos vivísimos de la grande caridad, humildad profunda y natural amabilidad del primer obispo de Zacatecas. Esas simpatías obligaban á los pueblos á hacer en obsequio de su Pastor demostraciones espontáneas mas ó menos solemnes: demostraciones que siempre lastimaban la modestia del Prela-

do, y que alguna vez le ocasionaron la pesadumbre de ver á su rebaño tratado mal por las autoridades públicas. Pero, á quienes llevaban á mal el entusiasmo del pueblo fiel á favor de su ilustre Pastor, pudieron echarse en cara aquellas palabras divinas: "En verdad os digo que si estos callan, las mismas piedras darán voces."

El fruto de su predicacion apostólica se ha dejado conocer mas de una vez y por mas de un motivo. El I. S. Guerra, cuya pronunciacion era un poco mas rápida que lo que conviniera para la predicacion, poseía en compensacion, y en muy alto grado, esa cualidad oratoria que es un don del cielo; don reservado al sacerdote católico, y que se llama *uncion*. Esa cualidad que depende de la fe del orador y del sentimiento caritativo con que se esfuerza por comunicar, por inspirar su propia fé, debia poseerla muy eficaz el venerable obispo de Zacatecas; porque, en cuanto á su fé, ella era tal como la que demanda el Apóstol para la justificacion; creia con el corazon: en cuanto á su caridad, podia decir con el mismo Apóstol: "Hiceme todo para todos, por salvarlos á todos." Ese don de la uncion en la palabra, que hace innecesarias todas las otras dotes naturales, parece imposible que falte alguna vez á un obispo que tiene fé profunda en lo que predica, y que fulmina la palabra á impulsos de la caridad que rebosa en su corazon. Y

decimos que parece imposible, supuesta la naturaleza y objeto de la mision episcopal, ordenada y dirigida por el Espíritu Santo para el régimen de la Iglesia de Dios. Esto explica muchos casos que ocurren, semejantes al siguiente, que leímos alguna vez. Un pobre aldeano bearnés oia predicar á su obispo, á quien, como lo hiciera en frances, no le entendia una palabra; sin embargo, él se manifestaba conmovido: alguno que lo notó así, le interrogó, cómo era que se afectaba por lo que no entendia: entónces el aldeano le contestó: "*Sí, no entiendo, pero el alma oye.*" No era la significacion de la palabra no entendida; sino la unción de la palabra sentida la que conmovia el corazon del buen bearnés. ¡Cuántos aldeanos zacatecanos derramarían lágrimas arrancadas por la unción de la palabra sentida, aun que fuera no entendida, de su primer pastor!

Dijimos ya que en Octubre de 1869 el I. S. Obispo de Zacatecas emprendió viaje á Roma. Habiendo por el Sumo Pontífice para que concurriera á la realizacion de la gran quimera del siglo XIX, ¡el Concilio Euménico Vaticano! Hace cincuenta años murió un ilustre escritor católico, que dejó en una de sus obras consignadas estas líneas: "Mas en los tiempos modernos que el mundo culto se ve como dividido, por decirlo así, en tantas soberanías, y que además se ha engrandecido inmensamente

por nuestros intrépidos navegantes, un Concilio Euménico ha venido á ser una quimera: pues solo para convocar á todos los obispos y hacer constar legalmente esta convocacion, apenas bastarian cinco ó seis años." Y es que el conde Maistre, para escribir esas líneas no contó con los inescrutables juicios de Dios á favor de su Iglesia; ni con Pio IX Vicario de Jesucristo en la tierra, valiéndose del vapor y de la electricidad para acortar las distancias y reducir los tiempos en servicio de la Iglesia y para gloria de Dios. ¡Así tambien, cierto rey que prestó otro rey á la España, acaso no ha tenido en cuenta las consecuencias, que para sus atentados sacrílegos puede tener, la dispersion de las ovejas que, despues de haber presenciado el azote que hirió al Pastor universal, han llevado la voz de alarma á los corderos por todos los ángulos del mundo!

El primer obispo de Zacatecas asistió al Concilio Euménico Vaticano y concurrió con su *placet* á la declaracion del dogma de la infalibilidad del Sumo Pontífice; es decir, ha concurrido con la Iglesia universal á poner fuera de cuestion esa gran verdad que habia sido la lima en que se gastaran tantos dientes envenenados. ¡Providencias maravillosas del cielo! En un siglo en que las atrevidas empresas y colosales desarrollos del elemento material, parece que amenazan aplastar al mundo mo-

ral con su inmensa mole; en ese mismo siglo, setecientos hombres que no se conocen, que viven separados por millares de leguas, que hablan diversas lenguas y que representan las creencias de centenares de millones; haciendo servir á su pensamiento los elementos mas inconscientes, se reúnen en un centro comun para establecer sobre una roca eterna un principio grande, que tendrá de ser el inamovible fulcro sobre que haya de girar en los venideros siglos la potente palanca sobre cuyos extremos se mecerán y oscilarán el espíritu y la materia. ¡Tanto importa la verdad dogmática declarada por el Concilio Ecuménico Vaticano de 1870! El mismo que llamó *una quimera* á ese Concilio, dijo así del dogma que en él se acaba de establecer: "No sé si se habrá observado sobre esta grande cuestion (de la infalibilidad), igualmente que sobre otras muchas, que las verdades teológicas no son otra cosa que unas verdades generales, manifestadas y divinizadas en el orden religioso, de tal manera, que no se podría combatir ó impugnar ninguna de ellas, sin atacar una ley eterna del mundo." El I. S. Guerra permaneció en la ciudad eterna, hasta la solemne suspension del Concilio. Durante su permanencia allí se encontraba de tal manera bien que, cuando los Venerables Padres tuvieron que salir de Roma, huyendo de los rigores de la mala estación, S. S. I. permaneció allí sin temor á las

fiebres malignas, de las que no fué tocado. Cuando llegó el caso de la suspension del Concilio y la necesidad de la dispersion de los Padres, el I. S. Guerra, previendo los grandes sufrimientos que esperaban al Padre comun de los fieles, quiso quedarse en Roma, con objeto de acompañar á S. S. en la desgracia y compartir sus penas y trabajos. Mas tuvo que prescindir de esta generosa resolucion, en virtud de las órdenes terminantes del S. Pontífice para que todos los obispos se restituyeran á sus iglesias.

Regresó, en efecto, á la República en Diciembre de 1870 y en su tránsito para Zacatecas permaneció algunos dias en esta capital. En ella, sus antiguos amigos tuvieron el gusto de visitarle, y de verse recibidos y tratados con el mismo cariño, finura y atenciones que estuvieran acostumbrados á recibir en otros dias. El I. S. Guerra no gustaba de esas relaciones superficiales y ceremonicas que no hacen mas que imponer deberes penosos en la sociedad, sin causar ninguna de aquellas satisfacciones propias de los sentimientos de la amistad. Sin embargo, sabia como el que mas, satisfacer á las exigencias sociales; y ninguno como él para cumplir con escrupulosa exactitud con las atenciones que pide el trato civil mas culto y exigente. No se pagaba de tratamientos oficiales, ni de convencionales fórmulas de respeto, con las cuales

muchos hombres se dan por satisfechos: y, á pesar de esto, era muy esmeroso en honrar á cada cual con los títulos, dictados y fórmulas que pudiera creerse con derecho á exigir en sociedad. En una palabra, era un hombre perfecto y delicadamente educado, así moral como civilmente.

Era tambien, entusiasta por los afectos domésticos y por los goces de una amistad franca, sencilla y cordial: en esta parte se podía decir que todo él era corazón. Un amigo que desahogara en su seno una confianza íntima, un secreto penoso, un desbordamiento del corazón, podía estar cierto de encontrar en retribucion las efusiones mas dulces y los sentimientos mas delicados, que expresados con espontánea naturalidad y acento conmovedor, hacían que se creyera escuchar, salido del corazón del piadoso amigo, un eco animado de la palabra confidencial que se la habia dirigido. Sucedió que, estando el I. S. Guerra en esta capital, tuviera que extrañar que no le visitara un amigo suyo cuyas afectuosas relaciones databan de cerca de cuarenta años: tomó noticias de él, y sabiendo que se encontraba en la desgracia, y sumido en la mas desesperante amargura, le buscó en su casa y fué á presenciar en ella una escena de dolor, de lágrimas de esas que no tienen consuelo en lo humano. Lo que pasó entre un padre de familia desolado y el pontífice amigo que le buscaba para consolarle, no es

posible referirlo: lo sabe el que recibió la palabra de consuelo y de paz, y el que corrió á llevarla estimulado por el sentimiento de una amistad cristiana y de una piedad compaciente. Los detalles de esa escena, están escritos en las páginas en que el Señor de las misericordias y de toda consolacion, anota las obras misericordiosas de los justos.

El que era todo corazón para sus amigos, y que se hacia todo para todos, como el I. Sr. Guerra, tenia derecho para ser exigente en sus relaciones, y lo era en efecto; pero su exigencia, sumamente fina y delicada, jamás degeneraba en impertinente ni ofensiva: la mas ligera disculpa, la explicacion mas concisa bastaba para dejar satisfecha la susceptibilidad del generoso y caballeroso amigo. En la época á que nos referimos, habia en esta capital una persona que tenia con el I. Obispo antiguas y cordiales obligaciones de afecto y gratitud. Luego que esta persona tuvo noticia de la llegada del Prelado, quiso visitarle; pero se abstuvo de hacerlo por motivos de decencia y delicadeza: era que no podia presentarse en la forma que fuera conveniente, tratándose de una persona tan respetable, y que, ademas, se encontraba alojada en un lugar demasiado visible. Estos motivos le retrajeron de satisfacer su deseo y cumplir con un deber, por uno, dos y tres dias; pero al siguiente, sobreponiéndose á toda consideracion, prefirió incurrir en

una falta de urbanidad á aceptar la nota de ingratitud y de inconsecuencia en la amistad. Se presentó en el alojamiento del I. Sr. Guerra, quien le recibió con un saludo tan afectuoso y expresivo, como apenas se podría explicar: pasados algunos momentos, S. S. I. dirigió á su visita esta frase, con una gravedad apasible, y delicado tono de resentimiento: "La primera visita que esperaba yo recibir en México era la de vd.; sin embargo, han pasado tres días y vd. no me habia visto." Estas palabras produjeron en el que las escuchaba, el efecto de un relámpago que le hubiera deslumbrado: queria disculpar su falta; pero le era penoso motivar la disculpa: mas la causa del retraimiento estaba visible.....los ojos de la persona ofendida lo estaban mirando.....Una gota de sudor helado brotaba ya en la frente del reconvenido, y su vista buscaba por el suelo lo que no habia de encontrar. Entónces el I. S., con un movimiento rápido, le toma una mano, se la estrecha con violencia y le dice: "¡Basta!.....¡basta!...lo comprendo todo.... está vd. disculpado.....la dificultad que vd. tenia para verme le honra mucho.....tanto mas cuanto ménos culpable es vd. de la causa de esa dificultad." Al decir así, sus ojos no estaban enjutos. Este solo rasgo creemos que retrata suficientemente la bellísima alma del caballeroso obispo de Zacatecas. Habia dado una queja á su amigo, en la

que, mas que resentimiento, revelaba la estimacion que de él hiciera; pero comprende luego la apretura en que le ha puesto; y se apresura, se precipita á excusarle el trabajo de una disculpa penosa; y es tan generoso, tan cumplido, que aun le tributa honor por la causa involuntaria de la misma falta sobre que le habia hecho un afectuoso cargo.

En esta capital, en sus conversaciones con sus amigos, procuraba informarse sobre el estado de la cosa pública, y escuchaba con interés las relaciones que se le hacian de todo lo que pudiera importar á la paz general, al progreso moral y material; al porvenir de todo el país. Nunca fueron indiferentes para el I. Sr. Guerra, las cosas de la patria: la amaba decididamente, le entusiasmaban sus glorias y lamentaba sentidamente sus desgracias. Mas sus sentimientos patrióticos jamás le arrastraron á exageraciones impropias de su carácter é inconvenientes á su dignidad. Atravesó las épocas mas difíciles de nuestras revueltas intestinas sin dejar de ser en ellas un verdadero sacerdote, un ministro de paz, de quien se pudiera decir con justicia, que no quebraria una caña cascada, ni acabaria de apagar una mecha que aun humeara. Y esto no procedia de apocamiento de espíritu y debilidad de corazon; puesto que demostró un valor firme y reposado en circunstancias muy trabajosas, que supo dominar desde una al-

tura digna; pero la conciencia de su carácter era bastante para limitar en un círculo preciso, los arranques de una imaginación de fuego que pudieran estimularlos disparos de un corazón de temple muy alto.

Recibió con gusto informes minuciosos á cerca de *La Sociedad Católica mexicana*, y se impuso plenamente de sus trabajos, sus tendencias, sus progresos y sus esperanzas. Alabó el grande pensamiento del ilustre fundador de esa asociación, comprendió la elevación de sus miras, penetró la profundidad de sus sentimientos eminentemente católicos, y bendijo la rectitud de sus intenciones. Se lisonjeaba con la esperanza de que el reciente y modesto plantel podría desarrollar con los años, como el misterioso grano del Evangelio que, cuando se siembra en la tierra, es la mas pequeña entre las simientes; mas despues de sembrado, sube y se hace tan grande que echa ramas bajo cuya sombra pueden reposar las aves del cielo. Aceptó con muestras de grande estimación un ejemplar del Reglamento de la Sociedad, y una colección de sus publicaciones periódicas, que le fueron presentadas por un sócio, en nombre del actual Presidente de ella. El I. obispo de Zacatecas que venia de la ciudad eterna, centro del catolicismo; que acababa de dejar su asiento entre los Padres de un Concilio Ecuménico; que habia concurrido con su voto á confirmar el testimonio de los siglos sobre la infalibilidad del Sucesor de

Pedro, no podia ménos que sentirse profundamente conmovido al oír resonar en el centro de una modesta asociación de católicos mexicanos, el eco prolongado de la veneranda voz que desde el Vaticano hace palpar millones de corazones en toda la sobrefaz de la tierra; voz potente, de la que se puede decir en recto sentido lo que otros han dicho con dañada intención; que es una espada cuya empuñadura está en Roma, y la punta en todas partes.

El I. Sr. Guerra, despues de algunos dias de descanso en esta ciudad, que le era necesario atendida su edad y las penalidades de un viaje tan largo, continuó su marcha para el interior. Se detuvo en Lagos, donde sus amigos se empeñaron en que hiciera alguna mansión, esperando que la estación fuera mas benigna, y no tuviera que resentirse de la influencia de la temperatura bajo el crudo invierno de Zacatecas. A esta ciudad llegó en 23 de Febrero del presente año, é inmediatamente se dedicó á entender en el arreglo de tantos negocios como durante su ausencia, debieron reclamar su intervención y resolución personal. ®

Sus tareas fueron suspendidas por una fuerte pulmonía de que fué atacado á fines de Abril: pero restablecido en breve, siguió infatigable en el desempeño de sus atenciones episcopales, y se preparaba para continuar la visita diocesana á

cuatro parroquias, donde no la habia hecho á causa de su viaje á Roma ¡Preparativos inútiles! El buen pastor estaba ya herido de muerte, y debia llevar al sepulcro la pesadumbre de no haber podido conocer á todas sus ovejas!

El 31 de Mayo S. S. I. amaneció enfermo, y el mal se manifestó por una fuerte calentura y ligera inflamacion de garganta: el 2 y el 3 de Junio la enfermedad se sostenia, y el paciente se encontraba en continuo delirio: el 4 pareció ceder el mal, y se creyó que disminuia mas y mas en los dos dias siguientes; de manera que, los facultativos que le asistian, prescribieron la cesacion de toda medicina y que solo se cuidara de la alimentacion y reposo del enfermo. Se creía haber triunfado de la enfermedad; se habian tenido cuidados esmerosos, y empleado todos los recursos del arte; con esto se concebían esperanzas de un pronto y completo restablecimiento. Pero estas esperanzas fueron ilusorias.

Eran como las ocho y media de la noche del 6, cuando el Sr. Dr. D. José del Refugio Guerra, hermano del ilustre enfermo, su Provisor y Vicario general, se separó de la cabecera del respetable paciente, dejándole en muy buen estado, y despues de haber sostenido una conversacion muy animada: en aquellos momentos solo se le notaba una debilidad suma; pero que nada tenia de alarman-

te. Sin embargo, el venerable y primer obispo de Zacatecas, con solo un cuarto de hora de gravedad y de agonía, expiró poco despues de la media noche del 6 de Junio de 1871..... Su último esfuerzo fué como el que hiciera un justo al reclinar languidamente su cabeza en el seno del Señor para dormir el sueño de la paz sempiterna: su muerte fué como la deseaba el Profeta que decia: "¡Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos, y que sea mi fin semejante al suyo!".....

¡Dichoso fin el de aquellos á quienes está prometido que no serán martirizados por el tormento de la muerte; el fin de los justos que bajan tranquilos á las profundidades del sepulcro, sostenidos por su esperanza; el morir de aquellos que no arrancan un pié de la superficie de la tierra, sino cuando han afirmado el otro en los umbrales de la eternidad luminosa.....!!! Los que al rededor de aquel mortuorio lecho acaqan de ver inclinarse para siempre la cabeza consagrada del pontífice santo, con la suavidad con que se inclina sobre su tallo el modesto girasol al trasponer el horizonte el astro del dia, no tuvieron mas que una sola idea, un pensamiento uniforme, que les nizo entónces entonar las alabanzas del justo, con el acento doliente consagrado á los lamentos: *¡Preciosa in conspectu Domini morssanctorum ejus?* ¡De gran precio es á los ojos del Señor la muerte de sus santos!!!

En su postrera enfermedad conservó el ilustre finado aquella paciencia y resignacion que siempre tuvo en medio de sus mayores trabajos y tribulaciones mas angustiosas. Ya en sus últimos dias solia decir: "Mi pobre cuerpo ha sufrido y sufre bastante; pero mi espíritu está enteramente tranquilo." Era *el espíritu pronto, en la carne flaca*, del hombre acostumbrado por mas de sesenta años á sobreponerse, luchando, á las debilidades de una naturaleza envuelta en frágil barro. Ese espíritu avezado á vencer siempre, aun en medio de la última debilitacion de la carne, conservó con tal esmerulosidad los hábitos piadosos contraídos desde muchos años, que no los pudo olvidar ni aun en la fatal noche cuyo término no veria ya. En esa noche el moribundo obispo rezó el rosario de quince misterios que practicaba diaramente, así como la lectura espiritual y un rato de oracion; cuando no podia hacer por sí mismo esta lectura, se le daba un capellan; pero no prescindia de ella jamás.

Escrupuloso observador de estas prácticas piadosas, en ellas fortificaba su alma y templaba su corazon para el trabajo, para la afliccion, para las tempestades del mundo: pero ni estas prácticas impedian el curso de las atenciones de la vida pública y civil, ni tales atenciones, por multiplicadas que fueran, disputaban un palmo de terreno á aquellas prácticas. Todo consistia en el orden y método

de vivir adoptado por el laborioso obispo; y ese método y orden dependia de la distribucion que hacia del tiempo, económica, reglada, invariable. Este es el único recurso que queda para tener lugar de proveer á todo, á los hombres que, como el I. Sr. Guerra, viven siempre recargados de atenciones y negocios.

Muchos fueron, ciertamente esos negocios, y muy graves las atenciones que preocuparon el espíritu del Sr. Guerra desde jóven; pero ellos no fueron bastantes para disipar su alma y hacerle desentender jamás de la práctica de la virtud y de la devocion. Era piadoso profundamente; era devoto hasta el fervor: ocupado constantemente de las cosas exteriores y de los intereses de sus semejantes, tenia, sin embargo, dentro de sí mismo un retiro sagrado en la concentracion de su propio espíritu. A esto acaso se debia que padeciera algunas distracciones, que á alguno habria hecho creer que divagaba léjos de sí mismo; pero en realidad no sucedia, sino que se ocultaba dentro de sí mismo, y bajaba al fondo del corazon donde siempre buscaba y encontraba á Dios.

En todas sus funciones sacerdotales traspiraba, por decirlo así, una piedad y devocion que se comunicaba á los circunstantes. Para él no habia rutina, no habia hábito en el ministerio sagrado: todo lo ejercia con gravedad, compostura y espiri-

tu de adoracion: cada vez que se le mirara ejercer una funcion sagrada, se habria pensado que era la primera, segun la fé, el detenimiento, la gravedad con que oficiara. En la celebracion del tremendo sacrificio del altar, habia veces que conmovia á los circunstantes hasta el enternecimiento. En una de estas, la última que asistimos á su misa, en el templo de la Profesa de esta capital, nos vino un recuerdo del elogio que hizo el eclesiástico del Sumo Sacerdote Simeon, y aplicándole á nuestro venerable maestro, dijimos: "Como el lucero de la mañana entre tinieblas, y como resplandece la luna en medio de su plenitud, y como sol refulgente, así brillaba él en el templo de Dios..... Como luciente llama y como incienso encendido en el fuego; como un vaso de oro macizo guarnecido de toda suerte de piedras preciosas..... Cuando subia al altar santo, hacia honor á las vestiduras sagradas. Para nuestro juicio, el primer obispo de Zacatecas, habria celebrado dignamente sobre un altar de césped á la sombra de un árbol secular, sirviendo su propio pecho de ara santa al Pan misterioso, y ofreciendo en cáliz de madera la sangre de la vida; porque el sacerdote era de oro probado al fuego, y en sí mismo llevaba un templo santo y un altar consagrado.

Acabamos de decir *sacerdote de oro*; y esta expresion nos hace recordar una de las virtudes que

mas distinguieron al I. Sr. Guerra, el desinterés. El oro y la plata nada valian para él, sino por el bien que con ellos podia hacer á sus semejantes. Lo que tenia, no era suyo; sino de todos los que lo habian menester, á quienes su derecha lo daba sin que su izquierda lo supiera. En todo el período de su vida eclesiástica y pública, vivió de una manera muy modesta. Ocupó posiciones distinguidas en las cuales pudo aumentar su bienestar: sirvió beneficios eclesiásticos en los que pudo allegar riquezas; supuesto que ello aconteció en tiempo que todavía la holgazanería política y la hambre progresista, no se atrevian á arrebatarse de la boca del sacerdote el pan que ganaba con su trabajo; y sin embargo, siempre fué pobre, y acaso percibia lo necesario para su subsistencia del modesto patrimonio de su familia.

Sus virtudes eminentes y notorias, le hicieron acreedor á la estimacion y respeto general aun entre los enemigos de la Iglesia y del sacerdocio. Atravesó tiempos muy angustiosos, en que se ha hecho la guerra al clero aun con la arma infame de las mas atroces calumnias; y á pesar de esto, jamás oímos una sola palabra que atacara, que pusiera en duda la virtud, la integridad y pureza de costumbres del I. Sr. Guerra. Sus virtudes fueron reconocidas y confesadas, no solo entre la clase eclesiástica, sino tambien por los gobiernos del país en

épocas en que el verdadero mérito ha sido tenido en algo. En reconocimiento y estímonio de ese mérito y virtudes, en 1854 fué condecorado por el general D. Antonio López de Santa-Anna, Benemérito de la patria, con la cruz de caballero de la Orden de Guadalupe; y en 1865 fué agraciado por el Emperador de México con la de Comendador de la misma Orden. Su prudencia y aptitudes, aun para funciones extrañas á su ministerio sacerdotal, eran reconocidas y confesadas por muchas personas que le consultaban sobre negocios graves del mundo civil, y que procuraban saber su opinión, aun en asuntos del órden político. Esas aptitudes y esa prudencia tuvo en cuenta el Cabildo eclesiástico de Guadalajara, cuando en 22 de Marzo de 1846 le nombró diputado suplente para el Congreso general extraordinario, convocado en 5 de Febrero del mismo año.

Tal era el hombre ilustre de quien hoy no nos queda mas que los restos venerables, un cadáver ..... Este permaneció expuesto por tres dias; y el 9 de Junio, á las diez de la mañana, se celebraron en la catedral de la Iglesia viuda las solemnes honras que correspondian al finado ilustre, y á las que asistió una numerosa concurrencia. Concluida la fúnebre solemnidad, fué depositado el cadáver en uno de los nichos que hay en la misma catedral, previa licencia del Gobierno del Estado.

Todas las clases de la sociedad, sin distincion alguna, en la ciudad episcopal, han dado en esta vez un testimonio muy expresivo del amor que profesaban á su Pastor; ya por los votos que hacian por su salud durante la enfermedad, ya en el sentimiento que han manifestado por su muerte. En las exequias, y principalmente al retirar el cadáver para inhumarlo, se hizo notar un llanto general en toda la concurrencia: sacerdotes y seculares, varones y señoras, grandes y pequeños, pobres y ricos, todos lloraban; todos presentaron un tributo de lágrimas sobre los restos venerables de su Obispo bien querido. ¡Escena tan conmovedora como la de los discípulos del Apóstol en Efeso, cuando se deshacia en lágrimas porque les anunciaba que ya no verian mas su rostro! Las lágrimas de amor, y de respeto, y de gratitud que caen sobre los restos mortales de un justo, son el unguento precioso que embalsama la memoria, y que defiende sus buenas obras contra la carcoma del olvido!!!

La culta sociedad de Zacatecas, con ese duelo general, ha dado un testimonio honroso de sí misma, y se ha manifestado acreedora á un Pastor que sea sucesor digno de aquel cuyo mérito supo conocer, cuya persona supo amar, y cuya pérdida sabe llorar.

A la ciudad episcopal y á toda la Iglesia viu-

da, deseamos el consuelo y la retribucion que el cielo acuerda á toda lágrima piadosa: que en ella se cumpla lo que está prometido á los que pasan por tribulacion: "Y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.»

A las personas de la respetable familia del venerable Obispo difunto, decimos, que escrito está: que las obras del varon misericordioso no caen en el olvido; que nunca perecerá su linaje y su gloria; que sepultado su cuerpo en paz, vive su nombre por todos los siglos.

Y en cuanto á nosotros ¿qué podemos decir?... Que cuando vemos descender á su ocaso los astros cuya luz enderezó nuestros caminos en medio de las tempestades, tememos extraviarnos en una jornada, á cuyo fin nos aproximamos ya. Que cuando vemos derrumbarse una tras otra las columnas antiguas sobre que se apoyara el edificio de toda una generacion, temblamos por el undimiento del edificio todo. Que cuando vemos desaparecer esos añosos y vivientes libros, que guardaron las tradiciones de épocas mejores, presentimos la proximidad de una completa transicion, violenta, rápida é inconsciente que lo trastorna todo, y todo lo revuelve. Que cuando vemos morir á los Pastores de la Iglesia mexicana, formados en una escuela que acaso no se restablecerá jamás, nos espanta la idea de que esta Iglesia es.

té llamada en años no muy remotos á beber en abundancia las aguas de la tribulacion.....

Estas líneas, escritas con objeto de hacer notorias las ejemplares virtudes de un ilustre Obispo de la Iglesia mexicana, sean en testimonio de nuestro amor á esa Iglesia y de nuestra veneracion á los Príncipes de ella. Estas pobres páginas, sean el puñado de polvo que, la gratitud y la amistad, arrojan con respetuosa mano sobre un cadáver querido, elevando aquella final y triste plegaria al Dominador de vivos y muertos:

*Dona ei requiem sempiternam.*

México, Julio 7 de 1871.

